

EL DESAFÍO DEL CREYENTE

Volumen 1 – Sermón No. 256

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 5 DE JUNIO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún,
el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios,
el que también intercede por nosotros”
Romanos 8:34***

La protesta de un inocente contra la acusación de un acusador bien puede ser fuerte y vehemente. Pero aquí tenemos un tema menos común y más sublime. Es el desafío de un pecador justificado que protesta con santo e inspirado fervor que su carácter es limpio y su conciencia limpia, incluso a la vista del cielo. Sin embargo, no es la inocencia natural de su corazón, sino la perfecta mediación del Señor Jesucristo, lo que le da esta asombrosa confianza. Que el Espíritu de Dios me capacite para exponerles esta porción bendita de la Palabra de Dios.

Tenemos ante nosotros en el texto los cuatro maravillosos pilares sobre los cuales el cristiano descansa su esperanza. Cualquiera de ellos era suficiente. Aunque los pecados de todo el mundo presionaran sobre cualquiera de estas columnas sagradas, nunca se rompería ni se doblaría. Sin embargo, para nuestro fuerte consuelo, para que nunca temblásemos ni tememos, Dios se ha complacido en darnos estas cuatro rocas eternas, estos cuatro cimientos inamovibles sobre los cuales nuestra fe puede descansar y mantenerse segura. Pero ¿por qué es esto? ¿Por qué necesita el cristiano tener cimientos tan firmes, tan macizos? Por esta sencilla razón, él mismo es tan dudoso, tan dispuesto a desconfiar, tan difícil de ser persuadido de su propia seguridad. Por lo tanto, Dios, por así decirlo, ha ampliado Sus argumentos. Un golpe podría haber sido suficiente, nos imaginamos, para haber herido de muerte nuestra incredulidad para siempre, la cruz debería haber sido suficiente para la crucifixión de nuestra infidelidad, pero Dios, previendo la fuerza de nuestra incredulidad, se ha complacido en herir cuatro veces para que sea arrasada y no se levante más.

Además, sabía muy bien que nuestra fe sería duramente atacada. Él previó que el mundo, nuestro propio pecado y el diablo nos molestarían continuamente, por lo tanto, nos ha atrincherado dentro de estas cuatro paredes, nos ha guarnecido en cuatro fuertes líneas de circunvalación. No podemos ser destruidos.

Tenemos baluartes, ninguno de los cuales puede ser asaltado, pero cuando se combinan son tan irresistibles que no podrían ser transportados, aunque la tierra y el infierno deberían combinarse para asaltarlos. Es, digo, en primer lugar, por nuestra incredulidad, y en segundo lugar, por los tremendos ataques que tiene que soportar nuestra fe, que a Dios le ha placido poner cuatro fuertes consolaciones, con las cuales fortalezcamos nuestro corazón cuando el cielo esté nublado, o el huracán sale de su lugar.

Notemos ahora estas cuatro estupendas doctrinas. Lo repito de nuevo, cualquiera de ellos es todo suficiente. Me recuerda a lo que a veces he oído hablar de las cuerdas que se usan en la minería. Se dice que cada hilo de ellos soportaría todo el tonelaje y, en consecuencia, si cada hilo soporta todo el peso que alguna vez se pondrá sobre el conjunto, existe una certeza absoluta de seguridad para el conjunto cuando se retuercen. Ahora bien, cada uno de estos cuatro artículos de nuestra fe es suficiente para llevar el peso de los pecados de todo el mundo.

¿Cuál debe ser la fuerza cuando los cuatro se entrelazan y se convierten en el apoyo del creyente? El apóstol desafía al mundo entero, y también al cielo y al infierno, con la pregunta: "¿Quién es el que condenará?" y para excusar su atrevimiento, nos da cuatro razones por las que nunca podrá ser condenado. "Cristo ha muerto, sí, más bien ha resucitado, quien está a la diestra de Dios, quien también intercede por nosotros". Primero examinaremos estos cuatro pilares de la fe del creyente, y luego, nosotros mismos aceptaremos el desafío del apóstol y exclamaremos: "¿Quién es el que condenará?"

I. La primera razón por la cual el cristiano nunca puede ser condenado es porque *Cristo ha muerto*. Creemos que en la muerte de Cristo hubo una pena total pagada a la justicia divina por todos los pecados que el creyente pueda cometer. Enseñamos cada día de reposo, que toda la lluvia de la ira divina se derramó sobre la cabeza de Cristo, que la negra nube de la venganza se derramó sobre la cruz, y que no queda en el libro de Dios un solo pecado contra un creyente, ni puede haber ni siquiera una partícula de castigo jamás exigida de la mano del hombre que cree en Jesús, por esta razón: que Jesús ha sido castigado en su totalidad. En total, todo pecado ha recibido sentencia en Su muerte. Él ha sufrido, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios. Y ahora, si usted y yo podemos ir esta mañana bajo el maldito árbol del Calvario y refugiarnos allí, ¡qué seguros estamos!

¡Ah! podemos mirar alrededor y desafiar todos nuestros pecados para destruirnos. Este será un argumento suficiente para cerrar sus bocas clamorosas: "Cristo ha muerto". Aquí viene uno, y grita: "Has sido un blasfemo". Sí, pero Cristo murió como un blasfemo, y murió por los blasfemos. "Pero te has manchado de lujuria". Sí, pero Cristo murió por los lascivos. La sangre de Jesucristo, el propio Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado, de modo que alejamos al inmundo demonio, que también ha recibido lo que le corresponde. "Pero por mucho tiempo habéis resistido a la gracia, y por mucho tiempo habéis resistido las advertencias de Dios".

Sí, pero "Jesús murió", y digas lo que quieras, oh conciencia, recuérdame lo que quieras, he aquí, esta será mi respuesta segura: "Jesús murió". De pie al pie de la cruz, y contemplando al Redentor en Su agonía, el cristiano ciertamente puede reunir valor.

Cuando pienso en mi pecado, parece imposible que alguna expiación alguna vez sea adecuada, pero cuando pienso en la muerte de Cristo, parece imposible que cualquier pecado pueda ser lo suficientemente grande como para necesitar tal expiación como esa. En la muerte de Cristo hay suficiente y más que suficiente. No solo hay un mar en el que ahogar nuestros pecados, sino que las mismas cimas de las montañas de nuestra culpa están cubiertas. Cuarenta codos hacia arriba ha prevalecido este mar rojo. No solo hay suficiente para hacer morir nuestros pecados, sino también para enterrarlos y ocultarlos de la vista. Lo digo con denuedo y sin figura, el brazo eterno de Dios ahora fortalecido con fuerza, ahora liberado de la servidumbre en que la justicia lo tenía, puede salvar hasta lo sumo a los que se acercan a Dios por medio de Cristo.

Este fue mi tema el día de reposo pasado, por lo tanto, considero que estaré plenamente justificado al dejar el primer punto: que Cristo ha muerto, mientras paso a los otros tres. Recordarán que discutí la doctrina de la satisfacción de la expiación de Cristo por Su muerte, en el sermón del domingo pasado por la mañana. Vengo, por lo tanto, a notar el segundo argumento. Nuestra primera razón para saber que no podemos ser condenados es porque Cristo murió por nosotros.

II. La segunda razón que tiene un creyente es que *Cristo ha resucitado de nuevo*.

Observará que el apóstol aquí ha prefijado las palabras, "¡sí, más bien!" ¿Ves la fuerza de esta expresión? Tanto como para decir que Cristo murió es un argumento poderoso para nuestra salvación, pero es una prueba aún más convincente de que todo creyente será salvo, que Cristo resucitó de entre los muertos. Esto no suele sorprendernos. Generalmente recibimos más consuelo en la cruz que en el sepulcro vacío. Y sin embargo, esto es sólo por nuestra ignorancia y por la ceguera de nuestros ojos, porque en verdad para el creyente iluminado hay más consuelo en Jesús levantándose de la tumba, que en Jesús clavado en la cruz. "Sí, más bien", dijo el apóstol, como si quisiera entenderlo, que este es un argumento aún más poderoso.

Ahora, ¿qué tenía que ver la resurrección de Cristo de entre los muertos con la justificación de un creyente? Lo tomo así, Cristo por Su muerte pagó a Su Padre el precio total de lo que le debíamos. Dios hizo como si tuviera una obligación contra nosotros que no podíamos pagar. La alternativa de este vínculo, si no se pagaba, era que seríamos vendidos para siempre bajo el pecado, y soportaríamos el castigo de nuestras transgresiones en un fuego inextinguible. Ahora bien, Jesús con Su muerte pagó toda la deuda, hasta el último centavo

que debíamos a Dios. Cristo sí pagó con Su muerte.

Sin embargo, el vínculo no se canceló hasta el día en que Cristo resucitó de entre los muertos, entonces su Padre, por así decirlo, partió el vínculo por la mitad y lo borro, de modo que en adelante dejó de tener efecto. Es verdad que la muerte fue el pago de la deuda, pero la resurrección fue el reconocimiento público de que la deuda fue pagada. "Ahora", dice Pablo, "sí, más bien, ha resucitado de entre los muertos".

Oh cristiano, no puedes ser condenado, porque Cristo ha pagado la deuda. Mira Su sangre, como se destila de Su cuerpo en Getsemaní y en el madero maldito. Antes bien, para que no quede sombra de duda, que no podéis ser condenados, vuestras deudas quedan canceladas. Aquí está el recibo completo, la resurrección ha partido el vínculo en dos. Y ahora, a la diestra de Dios no queda registro de tu pecado, porque cuando nuestro Señor Jesucristo salió de la tumba, dejó tu pecado enterrado en ella, de una vez por todas desechado, para nunca ser recuperado.

Para usar otra figura, la muerte de Cristo fue como si se sacara el oro de la gracia de las profundas minas de los sufrimientos de Jesús. Cristo acuñó, por así decirlo, el oro que debería ser la redención de Sus hijos, pero la resurrección fue la acuñación de ese oro, lo estampó con la impronta del Padre, como la moneda corriente del reino de los cielos. El oro mismo fue fundido en el sacrificio expiatorio, pero acuñarlo, convirtiéndolo en lo que debería ser la moneda corriente del mercader, fue la resurrección de Cristo. Entonces Su Padre estampó la expiación con Su propia imagen e inscripción. En la cruz veo a Jesús muriendo por mis pecados como sacrificio expiatorio, pero en la resurrección veo a Dios reconociendo la muerte de Cristo, y aceptando lo que ha hecho por mi justificación indiscutible. Lo veo poniendo Su propio emblema sobre él, estampándolo con Su propio sello, dignificándolo con Su propio sello, y de nuevo clamo: "Sí, más bien, ¿quién ha resucitado de entre los muertos?" ¿Quién entonces puede condenar al creyente?

Para poner la resurrección de Cristo todavía en otro aspecto, Su muerte fue la excavación del pozo de la salvación. Severo fue el trabajo, arduo fue el trabajo. Él cavó, y siguió, y siguió, a través de las rocas del sufrimiento, hacia las cavernas más profundas de la miseria, pero la resurrección fue el brotar del agua. Cristo cavó el pozo hasta el fondo, pero no brotó ni una gota, todavía estaba el mundo seco y sediento, hasta que en la mañana de la resurrección se escuchó una voz: "Brotó, oh pozo", y Cristo mismo salió del sepulcro, y con Él vino la resurrección y la vida, el perdón y la paz para todas las almas brotó del pozo profundo de su miseria.

¡Vaya! cuando pueda encontrar lo suficiente para que mi fe se sienta satisfecha incluso al cavar el pozo, ¿cuál será mi satisfacción cuando lo vea desbordarse y brotar con vida eterna?

Seguramente el apóstol tenía razón cuando dijo: "Sí, más bien, que ha resucitado de entre los muertos". Y otra imagen más. Cristo fue en su muerte el rehén del pueblo de Dios. Era el representante de todos los elegidos. Cuando Cristo fue atado al madero, veo mis propios pecados atados allí, cuando Él murió, todos los creyentes prácticamente murieron en Él, cuando Él fue sepultado, nosotros fuimos sepultados en Él, y cuando Él estuvo en la tumba, Él estaba, por así decirlo, rehén de Dios para toda Su iglesia, para todos los que alguna vez crean en Él.

Ahora, mientras Él estuvo en prisión, aunque podía haber un motivo de esperanza, fue como luz sembrada para los justos, pero cuando salió el rehén, ¡he aquí las primicias de la cosecha! Cuando Dios dijo: "Dejen ir a Mi Ungido, estoy satisfecho y contento en Él", entonces todo vaso escogido quedó libre en Él, entonces todo hijo de Dios fue liberado de la prisión vil para no morir más, ara no conocer la servidumbre o el grillete para siempre. Veo motivos para la esperanza cuando Cristo está atado, porque Él está atado por mí, veo razones para regocijarme cuando Él muere, porque Él muere por mí, y en mi habitación y lugar, veo un tema de sólida satisfacción en Su sepultura, porque Él está sepultado por mí, pero cuando sale de la tumba, habiendo tragado a la muerte en victoria, mi esperanza estalla en cántico de alegría. Él vive, y porque Él vive, yo también viviré. Él está entregado y yo también. La muerte no tiene más dominio sobre Él ni más dominio sobre mí, Su liberación es mía, Su libertad mía para siempre.

Nuevamente, lo repito, el creyente debe tomar fuertes tragos de consuelo aquí. Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo podemos ser condenados? Hay argumentos aún más fuertes para la no condenación del creyente en la resurrección de Cristo que en Su preciosa muerte y sepultura. Creo que he mostrado esto, solo que Dios nos dé la gracia de descansar en este precioso: "Sí, más bien, que ha resucitado de entre los muertos".

III. La siguiente cláusula de la oración dice así: "*quien está a la diestra de Dios*".

¿No hay ninguna palabra de elogio especial a esto? Recordarás que el último tenía, "Sí, más bien". ¿No hay nada que recomendar esto? Bueno, si no en este texto, lo hay en otro. Si, en su tiempo libre, lee el quinto capítulo de esta epístola a los Romanos, pronto descubrirá que el apóstol prueba que, si la muerte de Cristo es un argumento para nuestra salvación, su vida lo es aún más. Él dice en el décimo versículo de ese capítulo: "Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más", esa es la palabra que quería, "mucho más seremos salvos por su vida".

Entonces, podemos considerar que esta tercera cláusula tiene un "mucho más" antes, comparando Escritura con Escritura. No podemos ser condenados porque "Cristo ha muerto. Sí, más bien, ha resucitado (mucho más), está incluso a la diestra de Dios". Aquí hay un

argumento que tiene mucho más poder, mucha más fuerza, mucha más fuerza que incluso la muerte de Cristo. A veces he pensado que eso es imposible. El pasado día del Señor, pensé que gracias a la buena ayuda de Dios pude persuadir a algunos de ustedes de que la muerte de Cristo era un argumento demasiado poderoso para negarlo jamás, un argumento para la salvación de todos por quienes Él murió. Mucho más, déjenme decirles ahora, es Su vida, mucho más el hecho de que Él vive, y está a la diestra del Padre.

Ahora debo llamar su atención a esta cláusula, remarcando que, en otros pasajes de la Palabra de Dios, se dice que Cristo se ha sentado para siempre a la diestra de Dios. Observe con cuidado el hecho de que siempre se le describe en el cielo sentado. Este me parece ser un argumento material para la salvación del creyente: Cristo se sienta en el cielo. Ahora, Él nunca se sentaría si la obra no estuviera completa. Jesús, cuando estaba en la tierra, tenía un bautismo para ser bautizado, y ¡cómo se angustió hasta que se cumplió! No tenía tiempo ni para comer pan, se saciaba a menudo, tan deseoso estaba de cumplir toda Su obra. Y no lo hago, no puedo imaginarme que Él estaría sentado en el cielo en la postura de comodidad, a menos que lo hubiera logrado todo, a menos que, "¡Consumado es!" debían entenderse en su sentido más amplio e ilimitado.

Hay una cosa que he notado, al examinar la antigua ley levítica, bajo la descripción del tabernáculo. No había asientos previstos para los sacerdotes. Todo sacerdote está de pie diariamente ministrando y ofreciendo sacrificio por el pecado. Nunca tuvieron asientos para sentarse. Había una mesa para los panes de la proposición, un altar y una fuente de bronce, pero no había asiento. Ningún sacerdote se sentó, siempre debe estar de pie, porque siempre había trabajo que hacer, siempre algo que hacer. Pero el gran sumo sacerdote de nuestra profesión, Jesús, el Hijo de Dios, se ha sentado a la diestra de la majestad en las alturas. ¿Por qué es esto? Porque, ahora el sacrificio está completo para siempre, y el sacerdote ha terminado por completo Su servicio solemne.

¿Qué habría pensado el judío si hubiera sido posible que se introdujera un asiento en el santuario y que el sumo sacerdote se sentara? Bueno, entonces el judío se habría visto obligado a creer que todo había terminado, que la dispensación había terminado, porque un sacerdote sentado sería el final de todo. Y ahora podemos estar seguros, ya que podemos ver a Cristo sentado en el cielo, que toda la expiación ha terminado, la obra ha terminado, Él ha puesto fin al pecado. Considero que en esto hay un argumento de por qué ningún creyente puede perecer jamás. Si pudiera, si todavía hubiera una posibilidad de riesgo, Cristo no estaría sentado, si la obra no estuviera tan completamente hecha, que todo redimido fuera finalmente recibido en el cielo, Él nunca descansaría ni callaría.

Volviendo, sin embargo, más estrictamente a las palabras del texto, "Quién está aun a la diestra de Dios", ¿qué significa esto? Significa, en primer lugar, que Cristo está ahora en la

posición honorable de ser aceptado. La diestra de Dios es el lugar de majestad, y también el lugar de favor. Ahora, Cristo es el representante de Su pueblo. Cuando murió por ellos tuvieron descanso, cuando resucitó por ellos, tuvieron libertad, cuando fue recibido en el favor de su Padre, una vez más, y se sentó a su diestra, entonces tuvieron favor, honor y dignidad. ¿No os acordáis de que los dos hijos de Zebedeo pidieron sentarse, uno a la derecha y el otro a la izquierda? No sabían que ya tenían lo que pidieron, porque toda la iglesia ahora está a la diestra del Padre, toda la iglesia ahora ha sido levantada juntamente y sentada juntamente en los lugares celestiales en Cristo Jesús.

El levantamiento y elevación de Cristo a ese trono de dignidad y favor, es la elevación, la aceptación, la consagración, la glorificación de todo Su pueblo, porque Él es su cabeza común, y permanece como su representante. Este sentarse a la diestra de Dios, entonces, debe verse como la aceptación de la persona del fiador, la recepción del representante y, por lo tanto, la aceptación de nuestras almas.

¿Quién es el que condena, entonces? ¡Condenen al hombre que está a la diestra de Dios! ¡Absurdo! ¡Imposible! Sin embargo, estoy allí en Cristo. ¡Condenen al hombre que se sienta al lado de su Padre, el Rey de reyes! Sin embargo, está la iglesia, y ¿cómo puede ella incurrir en condenación en lo más mínimo, cuando ya está a la diestra del Padre con su cabeza del pacto? Y permítanme comentar, además, que la mano derecha es el lugar del poder. Cristo a la diestra de Dios significa que todo poder le es dado a Él en el cielo y en la tierra.

Ahora bien, ¿quién es el que condena a la gente que tiene una cabeza como esta? ¡Oh, alma mía! ¿Qué puede destruirte si la omnipotencia es tu ayudante? Si la égida del Todopoderoso te cubre, ¿qué espada podrá herirte? Si las alas del Eterno son vuestro refugio, ¿qué plaga os podrá atacar? Descansa seguro. Si Jesús es tu Rey que todo lo prevalece y ha pisoteado a tus enemigos bajo Sus pies, si el pecado, la muerte y el infierno ahora son solo partes de Su imperio, porque Él es el Señor de todo, y si estás representado en Él, y Él es vuestra garantía, vuestra garantía jurada, no puede ser por ninguna posibilidad que podáis ser condenados. Mientras tengamos un Salvador Todopoderoso, los redimidos deben ser salvos, hasta que la omnipotencia pueda fallar y el Todopoderoso pueda ser vencido, cada hijo de Dios redimido comprado con sangre está a salvo y seguro para siempre. Bien dijo el apóstol de esto: "mucho más, mucho más que morir y resucitar de entre los muertos, vive a la diestra de Dios".

IV. Y ahora llego al cuarto punto, y esto también tiene un elogio: "*quién también intercede por nosotros*". Nuestro apóstol, en la epístola a los hebreos, pone un encomio muy fuerte sobre esta frase. ¿Qué dice al respecto? Un poco más de lo que dijo sobre los demás. El primero es, "Sí, más bien", el segundo es, "Mucho más". ¿Y cuál es el tercero? Recuerde el pasaje: "Él es poderoso también para salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo

siempre para interceder por ellos". ¡Lo! esto es, "hasta lo sumo", lo que pensamos, quizás, que era el asunto más pequeño en el recital, es el más grande. "Hasta lo sumo" Él es capaz de salvar, ya que siempre vive para interceder, el argumento más fuerte de los cuatro. Tratemos de responder a esta pregunta: "¿Por qué Cristo intercede hoy en el cielo?"

Un antiguo teólogo pintoresco dice que "Cuando Dios en Su Justicia se levantó de Su trono para herir la fianza, Él no hizo ninguna concesión. La fianza pagó la deuda". "Sin embargo", dijo el juez, "no bajaré a la tierra para recibir el pago, tráemelo". Y por lo tanto, la fianza primero avanzó a tientas a través de la muerte para abrirse camino hasta el trono eterno, y luego ascendiendo en lo alto por una gloriosa ascensión, arrastró a Sus enemigos vencidos detrás de Él, y esparció misericordia con ambas manos, como los conquistadores romanos que esparcieron oro y plata. monedas en su triunfo, entraron en el cielo. Y vino ante el trono de Su Padre y dijo: "Ahí está, el precio completo, lo he traído todo". Dios no bajaría a la tierra para el pago, debe ser traído a Él.

Esto fue representado por el sumo sacerdote de la antigüedad. El sumo sacerdote primero tomó la sangre, pero eso no fue aceptado. No sacó el propiciatorio fuera del velo, para llevar el propiciatorio a la sangre. No, la sangre debe ser llevada al propiciatorio. Dios no se rebajará cuando es justo, hay que traerlo a Él. Entonces el sumo sacerdote se quita sus vestiduras reales, y se pone las vestiduras del sacerdote menor, y va detrás del velo, y rocía la sangre sobre el propiciatorio.

Así lo hizo nuestro Señor Jesucristo. Él tomó el pago y se lo llevó a Dios, llevó Sus heridas, Su cuerpo desgarrado, Su sangre que fluía, hasta los mismos ojos de Su Padre, y allí extendió Sus manos heridas y rogó por Su pueblo. Ahora, aquí está la prueba de que el cristiano no puede ser condenado, porque la sangre está en el propiciatorio. No se derrama sobre la tierra, está sobre el propiciatorio, está sobre el trono, habla a los mismos oídos de Dios, y con certeza debe prevalecer.

Pero, quizás, la prueba más dulce de que el cristiano no puede ser condenado se deriva de la intercesión de Cristo, si así lo vemos. Quién es Cristo, y quién es aquél por quien intercede. Mi alma estaba en éxtasis cuando meditaba ayer sobre dos dulces pensamientos, son simples y claros, pero me resultaron muy interesantes. Pensé que, si tenía que interceder por alguien, y hacer una parte mediadora, si tenía que interceder por mi hermano con mi padre, sentiría que tenía un caso seguro entre manos. Esto es justo lo que Jesús tiene que hacer. Él tiene que interceder con Su Padre, y nota, con nuestro Padre también. Hay un doble precedente para fortalecer nuestra confianza en que Él debe prevalecer. Cuando Cristo ruega, no ruega a uno que es más fuerte que Él, u hostil a Él, sino a Su propio Padre. "Padre mío", dice Él, "es mi deleite hacer tu voluntad y es tu deleite hacer la mía. Quiero entonces que aquellos que me has dado, estén conmigo donde yo estoy".

Y luego añade este bendito argumento: "Padre, aquellos por quienes ruego son tus propios hijos, y los amas tanto como yo", sí, "los has amado como me has amado a mí". Oh, no es una tarea difícil suplicar, cuando estás suplicando a un Padre por un hermano, y cuando el abogado puede decir: "Voy a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios".

Supongan, mis queridos amigos, que alguno de ustedes estuviera a punto de ser juzgado por su vida, ¿creen que podrían confiar su defensa a cualquier hombre que conozcan? Realmente creo que debería estar impaciente por hablar por mí mismo. Pero mi consejo diría: "Ahora cálese, mi querido señor, tal vez pueda suplicar con más fervor que yo, porque es por su propia vida, pero si no entiende la ley, cometerá un error u otro, y comprométase y estropee su propia causa".

Pero sigo pensando que, si mi vida estuviera en peligro, y me parara en el banquillo, y mi consejo estuviera intercediendo por mí, mi lengua estaría ansiosa por interceder por mí mismo, y desearía levantarme y decir: "Mi señor, Soy inocente, inocente como el niño recién nacido, del crimen que se me imputa. Mis manos nunca han sido manchadas con la sangre de ningún hombre". ¡Vaya! Creo que de hecho podría suplicar si estuviera suplicando por mí mismo.

Pero, sabes, nunca he sentido eso con respecto a Cristo. Puedo sentarme y dejar que Él suplique, y no quiero levantarme y dirigir la súplica yo mismo. Siento que Él me ama más de lo que yo me amo. Mi causa está bastante segura en Sus manos, especialmente cuando recuerdo nuevamente que Él suplica a mi Padre, y que Él es el Hijo amado de Su propio Padre, y que Él es mi hermano, y tal hermano, un hermano nacido para la adversidad.

***"Dale, alma mía, tu causa para abogar,
No dudes de la gracia del Padre."***

Es suficiente, Él tiene la causa, ni la tomaríamos de Su mano, aunque pudiéramos,

***"Sé que a salvo con Él permanezco,
protegido por Su poder.
Lo que he encomendado a Sus manos
hasta la hora decisiva".***

Bien dijo el apóstol: "Él puede salvar hasta lo sumo a los que por él se acercan a Dios, porque vive siempre para interceder por ellos". Por lo tanto, les he dado los cuatro puntales y pilares de la fe del creyente. Y ahora mis oyentes, permítanme simplemente expresarles este llamado personal. ¿Qué daríais, algunos de vosotros, si pudierais tener una esperanza como ésta? Aquí hay cuatro pilares. ¡Oh almas infelices, que no podéis llamar vuestra a una de estas! La masa de los hombres está toda en la incertidumbre, no saben qué será de ellos al fin. Están

bastante descontentos con la vida y, sin embargo, tienen miedo de morir. Dios está enojado con ellos, y ellos lo saben. La muerte les es terrible, la tumba les espanta, apenas pueden comprender la posibilidad de tener alguna confianza de este lado de la tumba.

Ah, mis oyentes, ¿qué darían si pudieran obtener esta confianza? Y, sin embargo, está al alcance de todo pecador verdaderamente arrepentido. Si ahora eres llevado a arrepentirte del pecado, si ahora te entregas a la sangre y la justicia de Cristo, tu salvación eterna será tan segura como tu existencia presente. El que confía en Cristo no puede perecer, y el que tiene fe en Jesús puede ver pasar los cielos, pero no la Palabra de Dios. Puede que vea la tierra quemada, pero nunca podrá ir al fuego del infierno. Él está a salvo, y debe ser salvado, aunque todas las cosas pasan.

Y ahora, esto me lleva al desafío. De buena gana me gustaría imaginar al apóstol tal como apareció cuando lo estaba pronunciando. ¡Escucha con atención! Oigo una voz valiente y fuerte que clama: "¿Quién me acusará?" "¿Quién es ese?, Pablo. ¡Qué! ¡Pablo, un cristiano! Pensé que los cristianos eran personas humildes y tímidas". Lo son, pero no cuando están ataviados con las túnicas e investidos con las credenciales de su soberano. Son corderos en la inocuidad de sus disposiciones, pero tienen valor de leones cuando defienden los honores de su Rey. Una vez más, lo escucho clamar: "¿Quién me acusará de algo?", y levanta los ojos al cielo. ¿No está muerto el desgraciado herido? ¿No será vengada tal presunción? ¿Desafía la pureza para convencerlo de culpabilidad?

Oh, Pablo, ¡el rayo de Dios te herirá! "No", dice él, "es Dios quien justifica, no tengo miedo de enfrentarme al cielo más alto, ya que Dios ha dicho que soy justo. Puedo mirar hacia arriba sin miedo angustioso". ¡Pero silencio! No repita ese desafío. "Sí", dice él, "lo haré. ¿Quién es el que condena?". Y lo veo mirar hacia abajo, allí yace el viejo dragón, encadenado, el acusador de los hermanos, y el apóstol lo mira a la cara y dice: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" Pues, Pablo, Satanás traerá acusaciones estruendosas contra ti, ¿no tienes miedo? "No", dice él, "puedo tapar su boca con este grito: 'Es Cristo el que murió'; eso lo hará temblar, porque Él aplastó la cabeza de la serpiente en esa hora victoriosa. Y puedo volver a cerrarle la boca: 'sí, más bien, que ha resucitado', porque Él lo llevó cautivo en ese día. Agregaré, 'el que se sienta a la diestra de Dios'. Puedo frustrarlo con eso, porque Él se sienta allí para juzgarlo y condenarlo para siempre. Una vez más apelaré a Su abogacía 'Quien intercede por nosotros'. Puedo detener su acusación con este cuidado perpetuo de Jesús por su pueblo".

Una vez más, clama Pablo: "¿Quién me acusará?" Allí yacen los cuerpos de los santos que martirizó, y claman desde debajo del altar: "¡Oh, Señor! ¿Hasta cuándo no vengarás a tus escogidos? Pablo dice: "¿Quién me podrá acusar de algo?" Y no hablan, "porque," dice Pablo, "yo he alcanzado misericordia, quien antes era blasfemo, perseguidor e injurioso, para mostrar en mí primero toda longanimidad". "Cristo ha muerto, más bien ha resucitado".

Y ahora, de pie en medio de los hombres que se burlan, se jactan y se burlan, él clama: "¿Quién me puede culpar?" y nadie se atreve a hablar, porque el hombre mismo no puede acusar, con toda su malevolencia, acritud y malicia, no puede traer nada contra él, ningún cargo puede presentarse ante el tribunal de Dios contra el hombre a quien Él ha absuelto a través de los méritos de la muerte de Cristo, y el poder de su resurrección.

¿No es algo noble para un cristiano poder ir a donde quiera y sentir que no puede encontrarse con su acusador, que dondequiera que esté, ya sea que camine dentro de sí mismo en los aposentos de la conciencia, o fuera de sí mismo entre sus prójimos, o por encima de sí mismo al cielo, o por debajo de sí mismo al infierno?, sin embargo, está justificado y no se le puede imputar nada. ¿Quién puede condenar? ¿Quién puede condenar? Sí, eco, oh cielos, reverberad, cavernas de las profundidades. ¿Quién puede condenar cuando Cristo ha muerto, ha resucitado de entre los muertos, está sentado en lo alto e intercede?

Pero todas las cosas pasan. Veo los cielos en llamas, enrollándose como un pergamino; veo el sol, la luna y las estrellas pálidas ahora con su débil luz; la tierra se tambalea, los pilares del cielo se balancean, el gran juicio ha comenzado, los ángeles heraldos descienden, no para cantar esta vez, sino con tronar de trompetas para proclamar: "Él viene, Él viene a juzgar la tierra con justicia, ya los pueblos con equidad". ¿Qué dice el creyente ahora? Él dice: "No temo a ese tribunal, porque ¿quién puede condenar?" Se coloca el gran trono blanco, se abren los libros, los hombres tiemblan, los demonios gritan, los pecadores chillan: "Las rocas nos esconden, las montañas caen sobre nosotros", todo esto forma un terrible coro de consternación.

Pero allí está el creyente, y mirando alrededor al universo reunido de hombres y ángeles, clama: "¿Quién me acusará?" y el silencio reina por la tierra y el cielo. Habla de nuevo, y fijando sus ojos de lleno en el Juez mismo, exclama: "¿Quién es el que condena?" Y he aquí, sobre el trono del juicio se sienta el único que puede condenar, ¿y quién es ese? Es Cristo el que murió, más aún, el que resucitó, el que está sentado a la diestra de Dios, el que intercede por él. ¿Pueden esos labios decir: "Apártate, maldito", al hombre por quien una vez intercedieron? ¿Pueden esos ojos arrojar relámpagos sobre el hombre a quien una vez vieron en pecado, y desde allí con rayos de amor lo elevaron a la alegría, la paz y la pureza? ¡No! Cristo no se desmiente así mismo. Él no puede revertir Su gracia, no puede ser que el trono de la condenación sea exaltado sobre las ruinas de la cruz. No puede ser que Cristo se transforme finalmente, pero hasta que pueda hacerlo, nadie puede condenar.

Nadie sino Él tiene derecho a condenar, porque Él es el único juez del bien y del mal, y si ha muerto, nos dará muerte, y si ha resucitado por nosotros, nos arrojará al abismo, y si Él ha reinado por nosotros y ha sido aceptado por nosotros, ¿nos desechará, y si ha intercedido por nosotros, nos maldecirá al final? ¡No! Ven vida, ven muerte, mi alma puede descansar en esto.

Él murió por mí. No puedo ser castigado por mi pecado. Él resucitó, yo debo resucitar, y aunque muera, volveré a vivir. Él se sienta a la diestra de Dios, y yo también debo ser coronado y reinar con Él para siempre. Él intercede y debe ser escuchado. Él me hace señas, y debo ser llevado por fin para ver Su rostro y estar con Él donde Él está.

No diré más, solo que Dios nos dé a todos un interés en estas cuatro cosas preciosas. La lengua de un ángel puede fallar en cantar su dulzura, o decir su brillo y su majestad, la mía ha fallado, pero eso está bien. La excelencia del poder está en la doctrina, y no en mi predicación. Amén.

EstudiaLaPalabra.org